

lla y Vidaurre, y el juicio crítico de sus obras, ni el juicio correspondiente á las composiciones poéticas de D. Manuel Diéguez, cuya Biografía aparece en este volumen. Los escritos que dejo de publicar en este libro tendrán cabida en el que dé á luz la *Academia Guatemalteca* en el año próximo entrante. Así acabaré de cumplir el compromiso que he contraído, y corresponderé, en algun modo á la buena voluntad y al noble empeño de mis ilustrados colegas que han dedicado tiempo y trabajo á historiar y juzgar á nuestros principales literatos, dando generosa atención á la iniciativa del Sr. Dr. D. Fernando Cruz y á la mía. Reciban por ello un voto de sinceras gracias. Tengo la esperanza de que en el año venidero acabaremos de publicar las Biografías y juicios sobre las obras de nuestros prominentes hombres de letras. Nuestros trabajos, por lo que á mí toca, tal vez no lleguen á la altura de nuestros buenos deseos, ni á las justas exigencias de los amantes de las letras nacionales; pero, por lo menos, expresan un sentimiento patriótico de guatemaltecos, y pueden dar algunos conceptos y datos para que los jóvenes que hoy se educan y se ilustran, con más elementos de los que dispusimos nosotros, escriban, andando el tiempo, la Historia Literaria de la República de Guatemala. Ojalá se realice ese gran progaoso. Me alegra y me entusiasma todo lo que pueda redundar en bien y en honrra de mi adoptiva y querida patria.

EL POETA D. JOSÉ BATRES.

I

No es la vanidad rasgo distintivo de nuestro carácter nacional. Por el contrario, pecamos generalmente por exagerada modestia, si este nombre puede darse á la indolencia reprehensible con que contemplamos y dejamos que pase desconocido para los demás aquello de que con legítimo orgullo pudiéramos ufanarnos. Lejos de ser una disculpa nuestra relativa pequeñez, constituye antes bien un motivo poderoso para que sin alardes ridículos ni presuntuoso engreimiento, pero impulsados sí por patriótica y generosa aspiración, nos empeñáramos en dar á conocer lo que por algún título puede conquistar á nuestra tierra un nombre honroso y atraer sobre ella las miradas, la simpatía y la atención del mundo culto. Nada tienen que envidiar nuestro sol siempre claro y esplendoroso, nuestro clima con su eterna y deliciosa primavera, nuestros campos siempre verdes y nuestro magnífico cielo siempre azul, al sol, al clima, á los campos y al cielo de Italia. Nada tienen que envidiar nuestros encantadores paisajes que en sucesión interminable se ofrecen al viajero, esmaltados de alegres colinas, rodeados de pintorescos lagos, sombreados por bosques riquísimos de espléndida vegetación, bañados por caudalosos

ríos, salpicados con la irisada espuma de hermosas cataratas ó de torrentes impetuosos, y coronados con soberbia guirnalda de virginales montañas, á los paisajes constantemente ponderados de la Suiza. Nada tiene que envidiar á ningún otro espectáculo de la tierra el imponente espectáculo de nuestros majestuosos volcanes, vestidos los unos con fresco manto de verdura y cubierta la cima de nieves y de nubes; calcinados los otros y surcados por las profundas grietas de las lavas inflamadas que arrojan de su seno, y sobre cuya cúspide se eleva resplandeciente columna de fuego, mientras deleitan la vista los incomparables valles extendidos á sus piés, en que el ambiente embalsamado, la frescura de las aguas, el aroma de las flores, las esencias de los campos y los trinos de las aves hacen recordar la bellísima pintura de Milton del perdido paraíso. Nada tiene que envidiar á la tierra más privilegiada esta bendecida tierra nuestra, que con pasmosa abundancia prodiga sus más variados frutos y sus más estimables dones, donde "se ven la primavera, el estío y el otoño en perpetuo consorcio, la hoja que brota llena de verdor sobre el mismo árbol en que otras se agostan y se marchitan; los botones y las flores, el fruto que nace apenas y el fruto que madura; la esperanza y la realidad, como dos hermanas gemelas entrelazándose sobre el mismo vástago." De ella ha podido decir con felicísimas expresiones el poeta Bello:

Tú das la caña hermosa,
De dó la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales;
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa;
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Emula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave

Para los hijos vierte
Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya
Que cuando de süave
Humo en espirales vagarosas huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma
Su vario feudo cría,
El ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para tí la fresca parcha
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para tí el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hincha su grano;
Y para tí el banano
Desmaya al peso de su dulce carga!

Aquí, según la magnífica descripción de nuestro original
y dulcísimo poeta Juan Diéguez, en las tardes de Abril:

Cuájanse los cafetos de jazmines,
De escarlata el granado se salpica,
La pasionaria de verdor tan rica
Tiende á Flora fresquísimo dosel;
Y la columna del esbelto dátíl
Tapiza la pitahaya trepadora,

Con lujosos florones la decora
Pendientes del crinado capitel.

Sin embargo, poco nos cuidamos de dar á conocer todas las bellezas, todos los encantos, todos los privilegios y todos los tesoros con que nos enriqueció la naturaleza. Muy poco se dice de la dulzura de nuestro clima, de la transparencia de nuestra atmósfera, de lo limpio de nuestro cielo, de la esplendidez tropical de nuestras noches de luna, de la hermosura infinita de nuestros horizontes, de la pasmosa feracidad de nuestro suelo, y de ese número incontable de atractivos que hacen que el hijo de esta tierra jamás se encuentre bien en ninguna otra parte del mundo, ni aún en medio del lujo, de la magnificencia y los placeres de las más opulentas capitales; y que el que llegó una vez á disfrutar de ellos, suspire siempre por gozarlos de nuevo y anhele ansiosamente que sean rayos de su sol los últimos que alumbren sus pupilas, y tierra suya la tierra que guarde sus cenizas, y flores de su suelo las flores que crezcan sobre el sitio de su sepultura. Y si algo se sabe de todo ésto, si se han explorado nuestras ruinas, si algo se conoce de nuestras riquezas naturales y algo se ha investigado de la antigua civilización y costumbres de nuestros pueblos; si la existencia de este punto del globo no permanece por todo extremo ignorada, débese más bien que á diligencia nuestra y á nuestro esfuerzo exclusivo, á la investigación, á los estudios y á las publicaciones hechas por extranjeros inteligentes que han visitado el territorio de la República, que no han podido permanecer indiferentes ante la contemplación del espectáculo de sus bellezas y ante la riqueza y variedad de sus frutos, y nos han dado el ejemplo de lo que nos correspondería hacer para que se conociera dignamente en el mundo este pedazo de tierra que llamamos patria. Y lo que en este orden de cosas acontece, por desgracia acontece también cuando se trata de las producciones de nuestros ingenios, de los trabajos de nuestros litera-

tos, de los versos de nuestros poetas. Como si las flores de nuestra tierra no tuvieran aromas y colores; como si el quetzal de nuestras montañas no tuviera tan espléndido plumaje; como si el guarda y el ceniztle de nuestros bosques no tuvieran tan dulces trinos; y como si no hubiera sonidos tan melancólicos y vibrantes, tan apasionados y conmovedores en las lirás de nuestros poetas, nos olvidamos casi siempre de lo que tenemos, si es que no lo desdeñamos; y como que reservamos toda nuestra simpatía, toda nuestra admiración y todos nuestros elogios para lo que tienen los demás. Parece que tuviéramos miedo de admirar lo que no está consagrado todavía por la admiración de los otros, ó que nos doliera gastar nuestros elogios en alabanza de los méritos de nuestros compatriotas. Dejamos que caiga sobre las flores que han producido nuestros ingenios el polvo del olvido y que las seque el viento de la indiferencia: dejamos que el recuerdo y la gloria de nuestros hombres queden envueltos en las sombras; y cuando después de algunos años desaparecen algunos curiosos coleccionadores ó se acaban los parientes inmediatos y los amigos de intimidad del distinguido literato, su nombre y sus obras han perecido para siempre. Hoy mismo, tratándose de personas que apenas hace cuarenta ó cincuenta años dejaron el escenario de la vida, no es tarea fácil reunir todos sus escritos ni encontrar todos los datos para dar una idea exacta y completa de la personalidad que se bosqueja. Dentro de otros cuarenta ó cincuenta más, lo que hoy es difícil, sería ya casi imposible, y he aquí por qué hacen obra tan meritoria, y que les ha de ser muy bien contada, mis queridos compañeros de Academia al trazar la vida de tantos guatemaltecos distinguidos y al juzgar sus obras con crítica ilustrada y digna, serena é imparcial, cumpliendo así con lo que quiere el notable crítico Saint-Beuve, que los obreros del trabajo intelectual entierren y honren á sus muertos, como entierran y honran á sus generales los soldados de cada ejército combatiente. He aquí por qué, no obstante todas las imperfecciones de que como mío ha de adolecer este traba-

jo, y apesar de la desigualdad entre el asunto y las fuerzas del que escribe, me atrevo á delinear la biografía de nuestro célebre y popular poeta José Batres. El es uno de los mejores ejemplos con los que puede comprobarse la verdad de lo que acabo de decir. Mientras que Alcalá Galiano, Urioste y todos los extranjeros enténdidos que llegaban á Guatemala, quedaban sorprendidos del talento del autor de las "Falsas apariencias" y de "Don Pablo;" mientras Martínez de la Rosa, Fernando Velarde y otros literatos de su talla, ponderaban con encomio las sentidas y varniles estrofas del vate guatemalteco; mientras que sorprendía á todos los que le leían en Europa y en América por su vigorosa inspiración y por su gracia y facilidad inimitables, entre nosotros vivió casi desconocido, sin que supiera apreciarse su talento y sin que se le honrara como merecía. Para esas injusticias de la vida y del tiempo, la muerte es una restitución, como decía Voltaire. Tenemos que honrar á los que dieron honra á Guatemala para cumplir con un deber de patriotismo y de gratitud, para no avergonzarnos cuando los extranjeros nos pregunten qué hemos hecho por la memoria de nuestros hombres eminentes, para que no puedan decir que ellos, desde lejos, los conocen, los han estudiado y apreciado mejor que nosotros, y mejor que nosotros los han enaltecido y honrado.

II

José Batres nació en la ciudad de San Salvador el 18 de marzo de 1809. Fué su padre D. José Mariano Batres y Asturias, miembro de una apreciable y conocida familia de Guatemala, el cual siendo muy joven marchó á España en donde sirvió como guardia de Corps. Después de permanecer allí más de diez años, vino á San Salvador con el cargo de Oficial real, y lo desempeñó hasta la independéncia ó poco antes, siempre con la más solícita exactitud. Era D.

Mariano bastante ilustrado para su época: había leído mucho y con bastante discernimiento: traducía y hablaba el francés, lo cual en aquellos tiempos era poco común: entendía perfectamente de música, tocaba la guitarra y era muy aficionado á las artes y habilísimo en la mecánica. Ebanista y tornero muy diestro, tenía en su casa una gran pieza que llamaba el *taller*, en donde para distraerse en sus horas de descanso trabajaba en herrería, platería, zapatería y relojería. Decía á menudo que el hombre debe saber algo de todo, y que era utilísimo reunir á conocimientos profesionales ó literarios, el ejercicio de algún arte. Ojalá que esas ideas se hubieran generalizado entre nosotros, donde á la par que es tan incierto y tan precario el provecho de las carreras científicas y literarias, abunda tan extraordinariamente el número de los que á ellas consagran su actividad, dejando abandonados la agricultura y los oficios que de tantos obreros inteligentes necesitan y que aseguran tan holgadamente la vida y garantizan la tranquilidad y el porvenir de la familia! Varios de sus hijos heredaron su afición á la música. Doña Encarnación fué excelente pianista, y D. José sobresalía en el canto y llegó á ser el que mejor tocaba en su época la guitarra, así como también se distinguía en la fabricación de piezas primorosas en el torno. Pero lo que heredó principalmente de su padre, fué la afición á la lectura, sus ideas caballerosas, sus principios de lealtad, de honor y de delicadeza, sus rasgos de generoso desprendimiento y su entrañable amor á la familia. Su madre fué Doña Mercedes Montúfar y Coronado, matrona distinguida por su notable inteligencia, por su afable trato, por la claridad de sus ideas y la ternura de sus sentimientos y por un conjunto de prendas que la hacían modelo de buenas esposas y de amantes y cariñosas madres: el ángel del hogar y el genio del bien en la familia. Al separarse D. José Mariano Batres del empleo de Oficial real, se trasladó con su esposa y sus hijos á Guatemala, á donde lo llamaban todas sus afecciones y donde tenía tantas amistades y tantos vínculos de parentesco. Por eso, y porque él y su fa-